

Antonio de Undurraga

## Independencia intelectual chilena



**E**L Ariosto—como todo gran poeta—debió ser un gran psicólogo; por ello, dijo: «Débase al azar o a la pericia, la victoria siempre es gloriosa». Y en el caso de la obtención del premio Nobel de Literatura por Gabriela Mistral, no sólo hay azar—como en todo suceso humano—sino que también voluntad y pericia.

He aquí por qué nos congratulamos, muy de veras, que haya obtenido esta recompensa, aunque nosotros, personalmente, estimamos que los premios son algo así como la abandonada armadura militar de una época individualista ya caduca que, como por inercia, sigue rigiendo nuestro actual presente. Y es así como al rendirle este homenaje, examinaremos su azar, su voluntad y su pericia.

En primer término, vamos a su pericia. El año 1904—o sea, cuando Gabriela Mistral cumple los quince años de su edad—es un hito trascendental para la poesía chilena. Con anterioridad a esta fecha, sólo dos

poetas han tratado de cimentar una poesía vigorosa: Pedro Antonio González, modernista bastante influenciado por Rubén Darío, y Francisco Contreras, modernista también y con serias raíces en la escuela simbolista francesa. No citamos otros nombres—como el de Antonio Bórquez Solar—pues fracasaron, totalmente, en la trinchera modernista. Pero en este trascendental año 1904, hace quiebra en toda América del Sur, la escuela modernista. La influencia de Rubén Darío es un azogue que baja, en la escala del termómetro estético, a pasos agigantados. José Asunción Silva, Julián del Casal y Rubén Darío, caen en una visible y relativa desgracia ante el nuevo equipo de creadores de poesía, que cogen el bastón del fuego sagrado poético, para iniciar una nueva y audaz posta estética. El gran equipo se divide en dos y, según nuestro juicio, es José Zorrilla el lejano e imperceptible batuta de uno de ellos: del equipo que repudia al modernismo, pero que coge de éste todos sus abalorios aprovechables para darle al hombre de Indias—ya muy culto y francés—una poesía vernácula, nacional, provincial o americana, simplemente. Y los primeros en crear esta gran partitura son Carlos Pezoa Véliz y Diego Dublé Urrutia, ambos chilenos. Por aquel entonces, Pezoa Véliz reside en Viña del Mar—y en este mismo hito cronológico del año 1904—escribe sus grandes poemas «Pancho y Tomás», «Fecundidad», «El Pintor Pereza» y otros. Y Dublé Urrutia, «Procesión de San Pedro» y «Bendición del Mar». Y, con posterioridad, se su-

man a este equipo: Fernán Silva Valdés, uruguayo; el muy católico y fino Ramón López Velarde, mexicano, y el gran peruano César Vallejo, todo un inca triste. En cuanto a José Santos Chocano, pulpo lírico de tanta vitalidad y tentáculos, es una orquesta difícil de precisar que más bien actúa a modo de precursor. Y Rufino Blanco Fombona acciona a modo del licor que impele a la batalla: «si por modernista se quiere significar—les dice—el grupo de revolucionarios que desde la última década de la centuria pasada, y aun desde poco antes, naciera a la vida literaria, y abominando de las viejas retóricas, de las heladas fórmulas, de los clichés imaginativos, obedeciendo al distante estímulo de los estetas ingleses y al más cercano y directo de parnasianos y simbolistas de Francia, crearon una estética libérrima; el grupo que ha llegado después de los primeros tanteos, después de las primeras extravagancias, a una orientación fija, individualista en vez de escolar, el grupo que tiende hoy hacia una literatura criollista hecha de sinceridad, de pensamiento, de emoción, de color, de la novedad de cada uno y con los elementos del suelo hereditario y de las jóvenes civilizaciones entre las que nacimos, yo soy modernista. Pero si por modernista se entiende simios que siguen viviendo de la imitación francesa, snobs que corren desalados detrás de la última novedad, prosadores de guirigay que menosprecian el castellano porque lo ignoran y la América porque no saben verla, rubendaríacos extravagantes e insignificantes, entonces yo no soy modernista, ni

revolvedor, ni nada, sino un reaccionario contra ese modernismo, o un conservador que se queda con sus clásicos. A la parodia grotesca de lo francés prefiero mi raza española y su vieja literatura sin matices, su literatura de hierro. Prefiero mi patria del trópico (alude a Venezuela) por india, triste y piojosa que sea y su literatura balbuceante, a todos los Parises imaginables con sus mil locuras deleitosas y su literatura ultramoderna de veinticinco alfileres».

La otra categoría de poetas que coge el bastón del fuego sagrado de la poesía, a la quiebra del modernismo—en este ya tan subrayado año de 1904—es un equipo que se fuga de lo vernáculo, de América, que anda, como en volandas, por débiles desplazamientos de parábolas y símbolos. Nietzsche, no logra absorberlos, ora porque le desconocen, ora porque son cristianos y le temen, como a un demonio germánico. Ellos son: Enrique Banchs, argentino; que es el gran precursor de Rafael Alberti y Federico García Lorca, por aquello de la vuelta hacia la tradición hispánica; el mágico José María Eguren; Pedro Prado, simbólico y fino, que escribe bellas parábolas, siguiendo a Maeterlink y a Nietzsche en forma muy elevada; y Enrique González Martínez, volatinero que también planea la fuga por medio de la fina cuerda de sus símbolos, proponiendo, previamente, «que se le torciera el cuello», a los cisnes. Es decir, a Rubén Darío.

Mas, Gabriela Mistral, como tenía quince años cuando el gran Pezoa Véliz, estaba escribiendo sus

altos poemas, en Viña del Mar, en el mágico año de 1904, llega tarde a esta hora vernácula. Como, después, Pablo Neruda, también llegará tarde a la etapa de post-guerra y pre-guerra 1914-1918, al tener sólo catorce años. Es así como Gabriela Mistral y Max Jara—que también llegó tarde a la meta de 1904, por tener entonces sólo 17 años (aventaja en dos años a la poetisa)—tratan de conciliar a ambos equipos: el de Pezoa Véliz, que es como un vital zorzal americano, y el de Enrique Banchs y Pedro Prado, ruiñeñor post-simbolista que gorjea finos suspiros. Por ello, hay coincidencias estilísticas entre la «Elegía» de Max Jara y los «Sonetos de la Muerte» de Gabriela Mistral, escritos en 1909. Por ello, la poesía de Gabriela Mistral, es una lírica de promedios, de medianías en que, de soslayo, de súbito pasan: Maeterlink, Rubén Darío, José Asunción Silva, Vargas Vila y tantos otros. Sin embargo, a medida que corren los años se pasa, casi por entero, al equipo de Pezoa Véliz: escribe a la cordillera de los Andes, al maíz mexicano, al sol del trópico, etc. Coge, igualmente, una veta folklórica, plena de americanidad. He aquí su tino y ruda verdad.

Pero bien sabe Gabriela Mistral, que la pericia literaria no basta. Que se requiere un talento político para dar, en vida, a conocer una obra. Sabe que en Chile hay un tremendo complejo de inferioridad para valorar todo lo chileno. Todo lo chileno es malo: he aquí la premisa invariable. Y ella, a pesar de ser tan jovencita, elige un pseudónimo. El de un triunfador

extranjero que ha obtenido el premio Nobel de Literatura, Federico Mistral. En adelante, en vez de Lucila Godoy, esta minera de la poesía, se llamará: Gabriela Mistral. Y cuando muchos años después le preguntan, por qué eligió el apellido de Federico, les dice que lo hizo pensando en un viento: el Mistral... Por otra parte, Nefthalí Reyes, sabedor también de este complejo de inferioridad de los chilenos por lo chileno, se autodenomina: Pablo Neruda, utilizando el apellido del escritor checoeslovaco, Jan Neruda. Carlos Díaz Loyola, sabe el mismo secreto y se autodenomina: Pablo de Rokha. Tiene un poco más de imaginación e inventa un apellido fonético, al parecer, propio. A su abuelo, los campesinos, le decían: Don Roca. Y también saben idéntico secreto político: Pedro Valenzuela Paez, hoy Pedro Plonka, y Tegualda Pino, hoy Gladys Thein.

Pero la pericia de un pseudónimo no basta ¡Bien lo puede decir Pablo de Rokha! Era preciso lanzar la obra en la propia patria. Hacerla circular en un país donde no existe un sistema circulatorio literario. En un país donde cada cual está con su torre de egoísmo y en donde, al generoso, lo dejan desnudo en un espacio de tiempo tan breve, como el que utiliza la gallina para correr y retirar su membrana nictitante. Y fué Guzmán Maturana, con su libro escolar de lectura el que le tendió toda una red ferroviaria de índole literaria, a través de todo Chile, al incluir las más bellas rondas de Gabriela Mistral, en su texto. Y las rondas, por

primera vez, dieron ritmo, aire y luz a todos los chilenos. Se diría que Chile iba a danzar. He aquí una nueva pericia de Gabriela Mistral.

Pero una pericia que produjo envidia y tristeza a otros escritores. Lo que Chile le da a un escritor, no se lo otorga a dos. Nuestro ambiente es estrecho y mezquino. En Uruguay, donde las cosas se ventilan con más grandeza que entre nosotros, Humberto Zarrili y otros crearon el texto de lecturas escolares, libro que se renueva cada diez años y que va dando cabida a los valores de todas las generaciones. Ojalá que Chile, como un homenaje al triunfo de Gabriela Mistral y como un medio de purificar el ambiente nuestro, cree tan bella iniciativa. Y pensar que Chile ya podría tener, como Uruguay estas nobles conquistas, pero para desgracia nuestra, cada escritor chileno que ha llegado al Parlamento ha seguido su brújula egoísta, sin hacer nada, ni nada grande por la cultura chilena.

Pero Gabriela Mistral también sabía que Chile es un pozo que sepulta valores intelectuales. Que no es catapulta que los lance al cielo de América. Que era preciso proyectar desde afuera su obra, ya que cinco millones de hombres y mujeres—toda la población de Chile—estaba apoyada en la balaustrada de plata de los Andes, mirando hacia Europa, con deslumbramiento. Y entonces, el azar y la pericia se funden en ella. Vasconcelos la invita a visitar México. A laborar con él, cuando era un varón al cual todo el mundo americano le admiraba. Después consigue proyectarse desde

Europa, y todos los espectadores de la balaustrada andina, la ven, plenamente. Es su gran triunfo. Ha logrado ponerle al pozo una sutil escalerilla de tijera: abandona a Chile, en forma casi definitiva y utiliza, como lema, la siguiente frase: «Extranjera siempre». Y, además, el Presidente Aguirre Cerda, patrocina su candidatura al Premio Nobel.

¡Bien, muy bien Gabriela Mistral! Ha sido para nosotros un motivo de júbilo su premio. No pertenecemos a su generación. Tenemos intereses políticos y literarios distintos y al rendirle a Ud. este homenaje, queremos también suprimir las causas que, en forma subterránea, como un claro defecto de nuestra organización social se han traducido, a veces, en un desamor a sus triunfos.

Del mismo modo, creemos que Chile, debido a su esfuerzo y el de muchos otros grandes escritores chilenos, en 1918, cortó su cordón umbilical con la cultura madre de Occidente. Hoy vive en un equilibrio de vasos comunicantes con Europa. Ya hemos firmado el Acta Magna de nuestra Independencia en los planos del arte y la cultura nacional, provincial o continental. Del mismo modo, su gran triunfo lo consideramos el máspreciado antecedente para luchar contra el complejo de inferioridad que mata y desinfla los espíritus de innumerables chilenos. ¡Bien, muy bien, Gabriela Mistral! Y, ahora, a forjar la Federación Sudamericana. Nada más como tarea próxima.